
Leyenda Índica

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9312

Título: Leyenda Índica

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Poema, Relato

Editor: Brian

Fecha de creación: 17 de octubre de 2026

Fecha de modificación: 17 de octubre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Clavo, Antaño Y Los Ojos

Había una vez un clavo redondo que no era zurdo y tenía una calva en el pescuezo. Un día tuvo una tos inglesa, de que murió. Le hicieron un cabrestante-ajedrez y tragó nuez de Bengala que era salobre y pan.

Un día que se acostó se hizo tal agujero en la cola que le nacieron ranas, de que murió. Pero vino Antaño, y el kerosene fue pelo rubio, de suerte que sin ser, aumentó de longitud. Las obleas dijeron: "Muy". En esto vino Palomeque (o por miedo o por sistema). Y sin ser del todo, el aludido fue en sí mismo militares de lápiz.

Y un ojo viró en redondo —otro ojo se cerró— y otro ojo reía como una aceituna-calavera.

Una corbata de negra tinta

en un gran cuello de tela blanca

es una fofa noche de timba

sobre la llama de una jirafa.

Un sobretodo color de cedro

sobre un flaquito cuerpo de viejo

es una tabla de carpintero

hecha de huesos.

—¿Qué haces con tu arado traído del Brasil

triste labrador, de una edad casi senil?

Tú estás triste como si tus bueyes que tienes uncidos

no supieran trabajar o te cornearan a veces,

y lloras y languideces
triste labrador de una edad casi senil.
¿Es que el pañuelo tan grande y tan ancho
como alguna cosa que hubiera en el campo
se te ha perdido, él que era blanco como un campo?
Cuéntame tu historia, inmóvil labrador.
(Y así, mientras hablaba
yo te miraba
unas caravanas que colgaban de sus orejas
más grandes y con más vello que dos ovejas).
Escuetamente, largas longitudes
de troncos afilados.
Sobre ellos, las hojas lanceoladas
y flores en el vértice, como halos
de redondos contornos festoneados.
En el friso paralelas líneas rectas
que cortan las aristas de los cantos.
Zig-zags irregulares contornean
romboides zambos.
Y hay varios y cortos
puntos blancos
que diseminan el suspenso, incierto

flotante, vago, tenue, leve y llanto.

CANTO 1º — Exposición del soneto.

CANTO 2º — Resolución y corolarios.

Principio

El amor es de una pieza.

Sí, verdugo de sí mismo:

comienza por la fijeza

y acaba en el estrabismo.

2º versión

La ventura de un buen padre

(interrupción)

Suena un vago clavicordio de neblina

Trae el viento partituras de siroccos.

Con un dios que ha naufragado en Indo China

viene Roux que descubrió el estreptococo.

Estrambote: Neumococo.

La Musaraña, El Diputado Senador Y El Vacuno Comedor De Uvas

-N/A-

Había Una Vez Un Clavo...

Había una vez un clavo clavado no se ignora dónde— y de él colgaba un pájaro ñandú, que estaba enterrado. El clavo era pantalla, y el avestruz siete veces. Vino un conde a galope de otro conde; y le seguía un parral. El grito fue tan fuerte que hasta le salieron pestañas. Por lo cual era clavo y vestido de barrilete. Un día el clavo se cayó al suelo, y vino un coro de vírgenes con un órgano a la espalda a darle la extremaunción. En las venas tenía castañas y un azoramiento en el bastón. Cuando tragó la hostia le brotaron ornitorrincos en la nariz y lo miraban para atrás. Y le dijeron: "Muerde de veras". En este momento cayó una nieve de chalecos con botones a la espalda, que hablaban como gansos arrimados a un portón.

Y murió de veinte sillas —y lo cocieron con oleos y con espátulas y con vidrios de remate y con bombillas de tala— Y le salió un solo bigote debajo del brazo izquierdo y en una imprenta. Y la imprenta era de Dios. Y cantaban como gallo. Y Dios era el bigote — afeitaba los bigotes.

El Mosquito De Alambre

En las costas de Malabar, bajo una pagoda de cañas huecas, vivía un mosquito terco y no mal parecido.

Era lusitano y lo llevó en punta Vasco da Gama. En Bab-el Mandeb se insurreccionó porque era terco.

Y he aquí que era de alambre.

Cuando desembarcó, quinientos brahmanes y un chatría fueron a recibirle bajo palio.

Por esto es que el mosquito vivía en las costas de Malabar.

Un día se murió.

I

Corre un río blanco como la estearina.

Entre costas negras corre la esticnina.

Y un navío azul

Hecho de abedul,

conduce una carga de verde anilina

para el sultán rojo de gris Estambul.

II

En el hueco zapato de Leda

el cisne de seda

esconde su curva cabeza de idiota;

pero cae del cielo una gota
de tinta violeta
que deja en su cuello fatídica veta.
Y el cisne sacude su virgen plumaje,
manchado por siempre con brutal ultraje.

III

En Crimea —península rusa—,
descubre Sigfrido rara hipotenusa.
Y bebe en su copa trirectangulada
sangre coagulada.
En seguida aparece una fiera
que es verde y pantera.
Y le muestra una uña quebrada
en donde está escrita una misa cantada.

IV

Un cigarro y un diente se juntan
y anuncian al mundo que ha muerto Petronio.

V

La copa de nieve derrite sus formas.
Y el borracho trágico acude solícito
a beber el aroma impalpable
que mata sin penas, ni gusto, ni gloria.

VI

Un cirio muy fino moría de tisis.

En un catafalco de blandones grises

los cirios pascuales morían de risas

ardiendo con fuerza durante diez misas.

Y en mayo vinieron los vientos alisios

sacando las luces de sus blancos quicios.

Y el cura reía destempladamente

con sus dedos gordos puestos sobre el vientre.

VII

Son cabezas inorgánicas los corrientes candeleros.

Y las largas blancas velas son cilíndricos sombreros.

Las llamas son el carácter, el pabilo es el estómago.

Los candelabros son meetings, pero el aire es su sarcófago.

VIII

Un pareado sólo sirve para una comparación;

por eso yo lo comparo a una artística ecuación.

IX

Iban a dar las dos de la mañana

cuando cayó del techo una campana.

El sonido murió de la caída

Y nunca más le oí en mi larga vida.

X

Una estrella se cayó en un arroyo de palo,
Y un pastor la redondeó con su rubicundo falo.
En su testa la colgó y la redondeó de un halo.

Había Una Vez Un Perplejo...

Había una vez un perplejo —con un canal Antonio y un frac de divorcio azucena. Tenía por cara un adviento— ¡está bueno! —y un trampolín casi siempre. Esto aunque el pescado era gotoso y americano de sobra. Fue entonces que el ministro se hizo mayones, pero el destornillador no aparecía. —¡Válgame Dios, cuánta agua colonia!— dijo el crucifijo. Y el espanto se cruzó de brazos. ¡Caricatura! ¡Caricatura! En esto vino otra caricatura con un plato de lenguados. El estrépito y el baile ocasionaron su muerte, de qué murió.

Había una vez un hombre que no gozaba hablando mal de los demás. Por eso siempre estaba serio y era bondadosa su cara, pero con una bondad que no era claramente bondadosa. Ese hombre veía todas las imperfecciones de los demás, pero sobre todo las suyas. Por eso es que no se reía nunca ese hombre reflexivo —y por eso ese hombre que era bueno en general para todos lo era sin embargo, más para sí mismo. De ahí que la bondad de su cara no fuera enteramente clara para los demás.

Las naturalezas privilegiadas se distinguen de las demás en que no tienen accesos de hipocondría.

La fatalidad de los sucesos se mide por el nivel de los emperadores.

El alma de la historia está en el libro de los sucesos personales:

Un carro actual es el resumen completo, porque es el producto de los progresos realizados.

Cuando Euclides había bajado la escalera, recordó que en él era natural que caminara sin pensar, pero que el viejo Alcides estaba sentado y estaba pensando. No dejaba esta idea de la cabeza, le daba vueltas, como si ella fuera un enigma cuya clave había de hallar con paciencia. Y —cosa extraña— sólo la curiosidad por la curiosidad, sin que ningún pensamiento personal se mezclara, era lo que le guiaba en esa investigación. De repente lo halló y antes que pudiera percibir la transición entre la

curiosidad y el conocimiento, brutalmente, sin que el presentimiento —ese humanizador de las cosas malas, le hubiera predisposto, comprendió que el viejo se suicidaba en ese momento.

Las palmas de una culebra

fueron adorno de espesa

luz que brilló en la dehesa

como el azul de una cebrá.

En Una Triste Bohardilla...

En una triste bohardilla
nació una reina de Francia,
y en los muros de Numancia
se murió una gitanilla.

Comprobación muy sencilla
de este axioma baladí:

Invertid la flor de lis
y os dará flor pagana:
y ésta será la gitana
y aquélla la Dubarry.

¡Historia negra y profunda!

En la noche borrascosa
una mujer muy llorosa
que el agua moja e inunda,
por la calle nauseabunda
camina, el cuerpo aterido,
vacila, da un alarido,
cae junto a una casa real,

un señor baja al portal...

¡Y aquel hombre es su marido!

En la casa de un niño

cantaba un gavia

y los dos se miraban

con algazara.

A la tumba de Poe

fue en coche Huysmans

y Baudelaire en el coche

iba de auriga.

Dijo el bardo: —Yo doy mis versos a los hechos.

Dijo el profeta: —Yo abro el camino y cierro el porvenir.

y dijo Matilde: —Yo doy a los hechos un néctar más dulce que los versos,
y abro el camino como el profeta y no cierro el porvenir.

Un navegante italiano, al mascar una nuez hueca

vio que giraba la rueda de la mujer de su hermano.

Atajando con la mano el movimiento redondo

pensó en su cerebro hondo con decisiva justicia

que toda mujer novicia es un abismo sin fondo.

Buscó un pájaro altanero abrigo en una montaña

y al efectuar esta hazaña se convirtió en agujero.

Desde entonces un gran cero se vió brillar en sus ojos

en cuyo borde tres piojos le mordían con tres clavos

de modo que hasta los rabos fueron frágiles y flojos.

La hazaña de un hombre loco sólo sirve para él
como un bajel es bajel solo para él y no es poco.

Un París y Barcelona en la persona de un hombre
aunque parecen un hombre son algo más que una lona.

Si alguien me nombre a Pamplona yo me tengo que enojar
porque es como dar al mar alimentos en embudos
cazar en la selva mudos o los gatos maniatar.

Hubo Un Rey De Caldea...

Hubo un rey de Caldea que era tuerto y a la vez cojo de nacimiento. También era hijo de uno que había muerto y que había sido rey hasta que murió. Pero era dudoso que éste fuera rey hasta que muriera, porque aún no se sabía si estaba destinado a morir —¿y quién asegura que alguien morirá antes de que haya muerto? Es lo cierto que él vivía sin haber muerto todavía y también era tuerto y cojo —y un día murió. Y entonces todo el pueblo respiró porque ese hombre era un problema no resuelto hasta ese momento. Y sólo entonces se vió que aquel rey podía morir.

De Cómo El 3 Fue Reductible

Había una vez un Bombay que tenía una fiebre negra. Y vino un brahmín y le dijo: —¡Arre culebra! Y una estrella subía y bajaba.

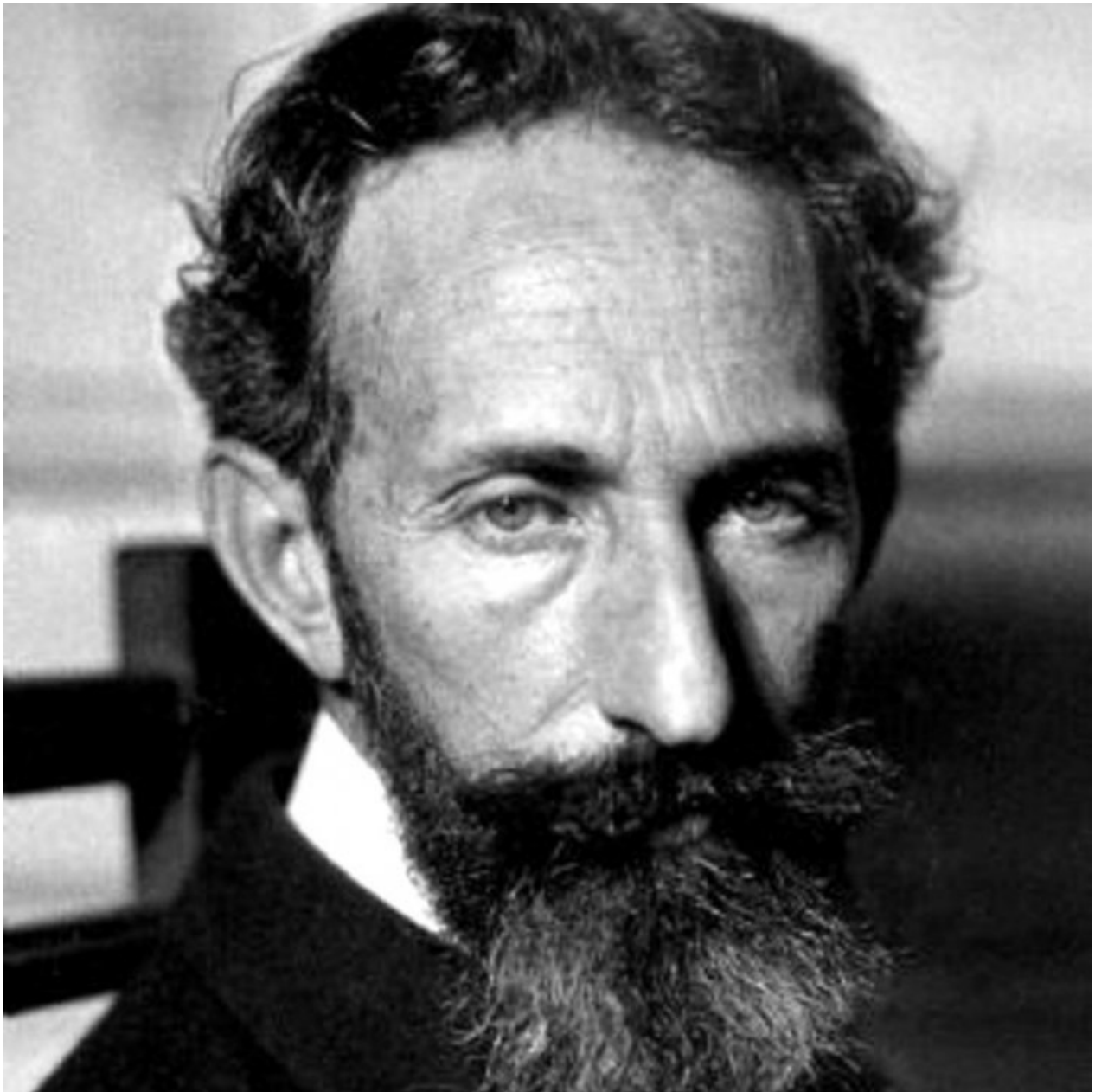
Fue entonces que un grito partió el cielo en tres pedazos. Y he aquí el destino de los tres pedazos:

El uno se metió en la boca de una cotorra— advirtiéndolo ella. Y lo recibió con los brazos abiertos. Desde entonces la cotorra es verde y lápiz. Y tiene un sinsonte en la nariz. (Y era sagrada y extraordinaria).

El otro arremetió contra un inglés que venía cabalgando sobre la reina Victoria. Y lo dejó pintado de Guatemala, como si le hubieran dado un baño de bosque.

Y el tercer pedazo se paró de punta y dijo: Yo soy un crustáceo pandorga: o para mí o para vos.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)